

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 460

25 CTS.

E
B



Intromisión

POR

Doris Kenyon
Evelyn Brent
Clive Brook

FilmoTeca
de Catalunya



MENDES, Lothar

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

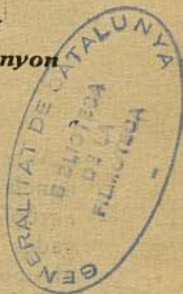
BARCELONA

N.º 460

Interference, 1929

Intromisión

Bellísimo asunto, interpretado por
Evelyn Brent, Clive Brook, Doris Kenyon
y *William Powell*



Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

Barcelona

Con esta novela se regala la postal fotografia de
JEANNETTE MAC DONALD

Intromisión

Argumento de la película

I

Ante la tumba de los héroes desaparecidos pronunciaron discursos ilustres personalidades y se agrupó mucha gente. Eran especialmente allegados de los difuntos, aunque había también algunos curiosos.

Débora no podía faltar en el homenaje. Felipe Voaze, uno de los héroes, había sido el único amor de Débora. Por eso, además de asistir a la ceremonia, adornó la tumba con una corona en cuyas cintas se leían su nombre y el del amado difunto.

Débora era un prodigio de hermosura. Su perfil helénico, sus ojos oscuros, su fino y rizado cabello, su piel aterciopelada y, sobre to-

do, su boca húmeda y granate, de labios impecables y firmemente trazados, que al sonreír dejaban al descubierto la maravilla adiamantada de sus dientes, le daban una apariencia de mujer fatal e irresistiblemente fascinadora.

Iba vestida con elegancia fastuosa y aquellas maravillosas envolturas de sedas y pieles, de rasos y encajes, se ceñían a la impecable estatua de su cuerpo acariciándolo y añadiéndole majestad, pero una majestad descuidada y negligente, como de cocot.

No nos introduzcamos en la vida íntima de Débora. El hecho de que, llevando seis años separada de su héroe, habiendo reñido con él dos antes de su partida de Londres, ostentara aquel lujo, aquella riqueza, siendo así que su familia era pobre y además estaba reñida con ella, decía claramente en qué empleaba sus actividades.

De pronto y cuando, terminado el acto, comenzó la gente a dispersarse, le pareció a Débora ver algo que la dejó estupefacta.

—¿No era aquél su héroe? No era aquél el propio Felipe Voaze?

Cuando volvió en sí de su estupor echó a correr con ánimo de alcanzarle, pero Felipe subió a un auto y éste partió velozmente.

Tomó Débora otro coche, un taxi que había cerca y dió orden al chofer de que siguiera al automóvil de Felipe, un soberbio coche de lujo.

Se detuvo éste ante un hotel de primera categoría y bajó de él el presunto Voaze. Tam-

bién se detuvo el taxi de Débora y también ella se apeó. Corrió a la puerta por la que Felipe había entrado y ya iba a darle alcance, cuando él entró en el ascensor y éste comenzó a subir.

Tomó ella otro ascensor, el contiguo y bajó al azar en un piso cualquiera. Esta vez tuvo suerte. Vió a Felipe en la puerta de un cuarto, del suyo sin duda, cuando lo iba a abrir y corrió a él y lo cogió de un brazo antes de que penetrara en el aposento.

—¡Felipe!

Felipe la miró sorprendido. Después avizó en todas direcciones con gesto temeroso. Por fin exclamó:

—¡Caramba, Débora! ¡Qué sorpresa!

—Sí, eres tú... ¡eres tú!—y Débora vacilaba entre la sorpresa y la emoción—. ¿No fué cierta, pues, la noticia de tu muerte?

Continuaba en el umbral del cuarto de Felipe. Por el corredor pasaban criados y algún huésped. Esto inquietó a Felipe hasta el punto de que cogió a Débora por un brazo inmediatamente y la introdujo en la habitación, cerrando bien la puerta.

—Explícame... ¡Quién iba a pensar!... Tú... ¡Tú!...

—Débora — declaró Felipe nerviosamente—. Nada puedo explicarte. Únicamente te diré que Felipe Voaze es cierto que murió. El que ahora vive se llama Julián Ackroy.

No necesitó Débora preguntar para saber el motivo del cambio de nombres. La vida de Fe-

lipe, como la suya desde que se separaron después de huir con él de su casa y de su país, de su hogar y de su familia, tenía secretos que sería imprudente revelar. Ignoraba la especie de la falta, pero estaba segura de que algo inconfesable por ilegal le movía a guardar aquel silencio.

Bajo el sombrero negro de Débora relampagueaban los ojos brunos apasionadamente.

—¡Qué delgado y pálido estás!

Era cierto. Parecía un cadáver. Dos manchas azuladas hacían más oscuros sus hundidos ojos. El smoking caía como colgado de un palo. Brillaba su piel con un brillo muerto, de cera.

El evitó las explicaciones con un ademán y una forzada sonrisa.

—¿Estás enfermo?—insistió Débora.

—Creo que sí, pero no tiene importancia.

Débora estaba sentada en una *chaise-longue*. Felipe evolucionaba por el aposento. Ella le cogió una mano y le dijo apasionadamente:

—No puedes imaginarte, Felipe, cuánto te he llorado.

—Y yo te lo agradezco—repuso él fríamente y tratando de disimular con un beso su indiferencia.

—Te quiero, Felipe. Te quiero a pesar de todo... Me arrancaste de los míos y de mi país cuando era todavía casi una niña... Después te casaste con otra... Y yo, a pesar de todo, te quiero...

—Veo que no te ha perjudicado mucho ese

amor. Vas muy elegante... llevas joyas valiosas...

—No quiero pensar en lo que ha sido de mí después que abandoné mi casa. Te amo, Felipe, y sólo eso me importa... Ahora eres



...y tratando de disimular con un beso su indiferencia.

libre... Podemos volver a querernos... ¿No sabes qué tu mujer se casó?

—¿Faith?

—Faith. Ya ves. Ni siquiera has sido un buen recuerdo para ella. Eso prueba que no te amaba. Parecía estar esperando la noticia de tu desaparición para volver a casarse.

—¡Pobre Faith! ¡Era un ángel! — exclamó

Felipe sinceramente—. Acaso no me porté con ella como debí portarme. Ha hecho bien en casarse. Conmigo no hubiera sido feliz.

Débora se mordió los labios. Los celos la hacían temblar.

—¿Me amarás ahora? ¿Vivirás a mi lado? —inquirió con un jadeo anhelante.

El la miró compasivamente.

—No, Débora, no. Si quieres mi felicidad, como dices, es preciso que te alejes de mi vida como yo me he alejado de la tuya. Esto no es un capricho: es una necesidad.

Se estremeció Débora de despecho. Le miró fijamente después de dirigirse a la puerta para salir.

—Haz lo que quieras, pero no trates de reanudar tus relaciones con Faith. Me opondré a ello por todos los medios. Tanto como te amo a ti la detesto a ella.

Y se fué, cerrando la puerta violentamente.

II

En su mesa de trabajo examinaba papeles el doctor John Marlay.

Era un hombre joven todavía y en cuyos ojos se leía una inteligencia nada común. En efecto, era un sabio. Así lo había demostrado recientemente con famosos descubrimientos

científicos, que todos los periódicos del mundo habían comentado en sitio preferente.

De pronto apareció una dama rubia, joven y bella, que anunció al doctor era la hora de marcharse.

Era Faith, la detestada rival de Débora, la que con su cara y con sus hechos de ángel, con su dulzura y su abnegación había logrado conmover incluso al inmovible Felipe Voaze...

Cogió por los hombros a su marido y se sentó en la mesa, después de apartar los papeles.

—¡Qué feliz soy! ¡Cuánto me place ser la esposa de un hombre célebre y bueno como tú!

El había dejado la tarea, recostándose en el sillón, para corresponder a la mirada amorosa de Faith.

—Siento que mi trabajo me distraiga más de la cuenta de mis deberes para contigo. Y tú eres tan buena, que, a pesar de todo, aseguras que eres feliz, sin duda para que lo sea yo.

—Soy feliz de veras, John. Mi única inquietud es pensar que acaso no te merezco.

—No me vuelvas a hablar así. Ya sabes que me desagrada. Eres un ángel, Faith, y todo lo que se haga por ti es poco.

—¡Gracias, John, gracias!

Y se abrazó a él y le besó en los labios, temblorosa de cariño, de un cariño hondo, fuerte,

inextinguible, como ella no lo había sentido jamás.

Al sonar el timbre de la puerta, abrió la propia Faith, que se hallaba en el vestíbulo en aquel momento.



—*¡Cuánto me place ser la esposa de un hombre célebre...!*

Era Débora, su antigua rival. Al verla, la esposa del doctor estuvo a punto de desvanecerse. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de ella, y había llegado a creer que nada podría ya turbar la paz de su vida.

—¿Te sorprende mi visita? — inquirió Débora con una sonrisa de sarcasmo—. Pues, to-

avía te sorprenderá más cuando te diga que Felipe Voaze vive y está aquí, en Londres.

En la mirada de Faith hubo algo semejante a un grito de angustia.



—¿Te sorprende mi visita? — inquirió Débora.

Después exclamó:

—¡No lo puedo creer!

Débora se dirigió al teléfono y pidió comunicación con el hotel en que se hospedaba Felipe.

—Deseo hablar con mister Ackroy—dijo.

Y explicó a Faith, tapando el transmisor:

—Ahora se hace llamar Julián Ackroy.

Traspasó el auricular a la dama rubia y ésta pudo oír que decían desde el otro extremo del hilo telefónico:

—¿Quién llama? Soy Julián Ackroy.

La voz era inconfundible. Faith, densamente pálida, depositó el auricular en la mesa y se dejó caer en un sillón.

—¿Qué te propones? — inquirió cuando se hubo repuesto, y advirtiendo que Débora no apartaba de ella la mirada, donde se leía un goce malsano.

—Es muy sencillo. Quiero hacerte sufrir todo lo que yo he sufrido por tu causa. Me arrebataste al único hombre a quien he amado en el mundo, al hombre que amo aún locamente.

Y añadió, mirándola con terrible fijeza:

—Te odio, te detesto, por el mal que me has hecho, y mi mayor placer será verte sufrir.

Sonrió de un modo inquietante.

—Acaso ignoras que tengo en mi poder algunas cartas que dirigiste a Felipe.

—Por esa parte, estoy muy tranquila. Mi marido conoce todo mi pasado. Se lo conté detalladamente antes de casarme con él.

—Sin embargo, no creo que le gustara al doctor Marlay que sus colegas de la Real Sociedad de Investigaciones Científicas leyeran las cartas donde se demuestra que antes de casarte con Felipe fuiste su amante.

Faith disimuló su terror.

—Daré cuenta a mi marido de tus proyectos, y él sabrá lo que debe hacer.

—Si tú se lo cuentas a él, yo lo contaré a los reporteros de los periódicos. Será muy divertido.

No pudo Faith seguir disimulando su angustia y otra vez cayó en un sillón, para llorar convulsivamente, ocultando el rostro entre las manos.

Débora se acercó a ella y le dijo en tono insinuante:

—Pero si eres razonable, nada se sabrá.

—¿Qué debo hacer?

—Creo que quinientas libras no estaría mal como principio.

Nerviosamente, Faith abrió su *bureau* y extrajo de él una arquilla con sus ahorros.

—Precisamente quinientas libras — le dijo, después de contar los billetes—. ¿Estás satisfecha?

—Por hoy, sí. Acaso más adelante insista. No lo hago por el dinero, sino porque sé que eso te obligará a pedírselo a tu marido y a justificar la petición. Para una esposa modelo, que tiene fama de ángel, no puede haber tormento mayor. Años enteros he sufrido yo, y años enteros quiero que sufras tú.

Había encendido un cigarrillo y después de aspirar el humo con un gesto de deleite, añadió:

—Adiós, querida. Tu marido debe de estar al llegar.

Desde la puerta repitió el adiós, acompañado de una sonrisa sarcástica.

III

—Señora—dijo el criado—, una dama que dice llamarse nada más que Débora, la llama al teléfono.

Mirando temerosamente a la escalera, para cerciorarse de que su esposo continuaba en su despacho, con aquella agitación de la que no se había visto libre desde la primera visita de Débora, acudió al teléfono.

—¿Qué quieres?—preguntó con voz ahogada.

—Poca cosa — repuso Débora—. Otras quinientas libras.

—¡No puedo, no puedo!—repuso Faith en tono implorador—. Espera unos días.

—Quiero quinientas libras para esta noche a las ocho. Tráelas tú misma. Ya conoces mis señas. Te esperaré.

Y colgó el auricular, para evitar nuevas disculpas.

Faith permaneció un momento anonadada. Sería la segunda vez que le pedía a su esposo aquella cantidad. Era seguro que se extrañaría... Pero no había más remedio que pedírselas. De lo contrario, al día siguiente, todos sus compañeros conocerían la historia de aquellos amores que eran la vergüenza de su vida.

Se sobrepuso a su cobardía y entró en el despacho de su esposo.

Habló primero de los muchos gastos que sus éxitos científicos le habían ocasionado, y acabó por pedirle las quinientas libras.

Nada sospechó John, pero fué lo mismo para Faith. No las tenía. El también se había visto obligado a hacer gastos extraordinarios, y había de esperar a hacer nuevos cobros.

Cuando quedó sola, se dió a pensar en lo espantoso de su situación y trató en vano de hallar una solución para el tremendo conflicto. No la había. Es decir, había una, pero tan terrible, que sólo el pensar en ella la horrorizó.

Y ésta fué la que determinó poner en práctica, después de toda una mañana de cavilaciones.

* * *

No tardaría en llegar su marido para comer. Era preciso obrar sin pérdida de tiempo.

Se dirigió al laboratorio y buscó en la vitrina el veneno más activo, aquel del que John le había hablado para prevenirla y que producía la muerte instantánea.

Con el frasquito oculto en la mano, salió al vestíbulo, y allí se detuvo sorprendida.

—¡Felipe!

Sí. Era Felipe Voaze. Allí estaba sentado como un paciente que esperara al doctor a las horas de visita.

Con la rapidez del relámpago pasó por su

mente una larga serie de hipótesis igualmente desesperantes, relacionadas con la estancia allí de Felipe, y, horrorizada por lo que presumía, des-



Se dirigió al laboratorio y buscó en la vitrina el veneno más activo.

tapó el frasquito con resolución rápida y fué a llevárselo a los labios.

Pero Felipe, que se había levantado al verla, también muy sorprendido, pues no sabía quién era el esposo de Faith, llegó a tiempo para im-

pedir que el veneno rozara siquiera sus labios.

Con ademán enérgico, le quitó el frasco y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Qué es eso, Faith?

—¡Vete, vete!—exclamó enloquecida—¡Va a llegar mi marido!...

—Si tu marido es el doctor Marlay, para verle he venido.

—¡No! ¡No permitiré que arrastres el nombre de mi esposo al escándalo! Si has venido a pedirle dinero, si estás en combinación con Débora para hacerme sufrir, te advierto, y le advierto a ella, que no repararé en los medios para evitar vuestra infamia.

—No sé de qué me hablas, Faith. No he venido aquí a hacerte mal ninguno, sino a ver a tu marido en calidad de enfermo. En cuanto a Débora, no tengo la menor noticia de sus relaciones contigo. La vi un día, unos momentos, y he rehuído desde entonces su trato.

—¿De veras no pretendes hacerme ningún mal?

—Puedes estar segura, Faith. Es más, estoy dispuesto a ayudarte. Dime, ¿qué te sucede con Débora?

Faith se lo contó todo.

—Debes poner a tu marido al corriente de lo que ocurre—recomendó Felipe.

—Débora me ha amenazado con dar mis cartas a los reporteros si se lo digo. Además, no me atrevo a turbar su felicidad...

—Si ocultas la verdad a tu marido, peligra

la de los dos. Si John supiera que le has ocultado hechos tan importantes, tendría razón para desconfiar de ti en lo sucesivo. Estando prevenido, acaso pudiera evitar que Débora se saliera con la suya, salvando tu deshonor y el suyo.

—No me atrevo... no me atrevo... Esperaré unos días... Esta noche iré a visitarla y trataré de convencerla de que calle.

—Repito que te ayudaré en todo cuanto me sea posible. Débora continúa enamorada de mí. Acaso esto me sirviera para recuperar esas cartas. Ya veremos...

Se oyó el auto de John, y Faith huyó del vestíbulo, después de despedirse de Voaze con una elocuente mirada de imploración.

* * *

Felipe llevaba consigo las fotografías que otro médico había obtenido por medio de los rayos X, y se las entregó a Marlay, al mismo tiempo que la tarjeta de recomendación del colega.

John pasó a su laboratorio y en pocos segundos pudo comprobar que el mal del paciente era incurable.

Al volver a la sala de consultas le halló tosiendo, en tanto se sujetaba el pecho con una mano y se retorció dolorosamente en su asiento.

Esto confirmó el diagnóstico del doctor Marlay.

—Sufre usted una dilatación de la aorta que

puede ser de fatales consecuencias si no se cuida. Es como si llevara una bomba en el pecho. La menor excitación, el descuido más leve, puede originar su estallido.

Felipe sonrió.

—No hace usted más que confirmar el diagnóstico de otros médicos, si bien es verdad que usted ha sido más preciso y rotundo. En resúmenes cuentas, qué estoy en peligro de muerte y que cuando menos lo espere puedo sucumbir.

Y añadió en el mismo tono indiferente:

—Dígaselo usted a lady Marlay y acaso se alegre... y usted con ella.

John le miró extrañado.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque soy Felipe Voaze.

Marlay no pudo evitar un estremecimiento.

—Entiéndalo bien, Voaze—exclamó firmemente—. Muera usted o viva, Faith es mi mujer.

—Lo celebro muy de veras. Usted dará a su esposa la felicidad que yo no supe o no quise darle. Ahora bien, hay otra persona que no es tan razonable como yo, y esa persona es Débora Kane.

—No sé de quién me habla.

Felipe le explicó quién era y lo que sucedía entre ella y Faith. Finalmente declaró:

—Acaso pueda recuperar yo esas cartas, y entonces no tendrán ustedes nada que temer.

—Gracias—replicó John—. No necesito su in-

tromisión en mis asuntos. Yo mismo me cuidaré de recuperar esas cartas.

Y, muy serio y disimulando la profunda contrariedad que todo aquello le producía, acompañó a Voaze hasta la puerta.

IV

En una suntuosa *toilette* consultó Débora su reloj, al mismo tiempo que despedía a la doncella. Pero he aquí que en este momento sonó el timbre de la puerta. Eran las siete. Probablemente no sería Faith y cualquier otra visita le parecía inoportuna en aquellos momentos.

—Si no es una señora rubia—dijo a la doncella—, diga usted que no estoy en casa.

No era una dama rubia, ni siquiera una dama. Era el doctor Marlay, y la doncella, al ver este nombre en la tarjeta de visita, manifestó que su señora había salido.

Tuvo el doctor un gesto de contrariedad.

—Voy arriba a visitar a mi colega, el doctor Smythe. Si miss Débora vuelve pronto, haga el favor de decirle que me llame allí.

Y se fué escaleras arriba, en tanto la doncella volvía al lado de Débora, con la tarjeta del doctor en la mano.

Quedó Débora pensativa al ver que se trataba del marido de Faith; pero antes de que pudiera

tomar determinación ninguna, volvió a sonar el timbre de la puerta y entró Faith muy agitada.

Débora se la quedó mirando suspicazmente.

—Me habéis tendido una celada, ¿verdad?

—No comprendo qué quieres decir. He venido únicamente a decirte que hasta dentro de unos días no podré darte el dinero que me has pedido.

Por toda respuesta, Débora le mostró la tarjeta de su marido.

Faith se sorprendió y se sobresaltó.

—Se lo has dicho todo, ¿verdad?—inquirió Débora.

—Te juro que no. Acaso se lo haya dicho Felipe.

Al oír estas palabras, se intensificó la expresión de iracundia de Débora.

—¿Has visto a Felipe?

—Estuvo en mi casa para ver a mi marido como doctor.

—¡Mientes! Ha ido a verte a ti, porque todavía te ama...

Fué inútil que Faith se defendiera con la verdad. Débora no la creía y la arrojó de su casa sin darle tiempo de pensar en su bolso, que había dejado caer en la *chaise-longue*.

Inmediatamente, descolgó Débora el auricular del teléfono y comunicó con uno de los principales periódicos de Londres.

—Tengo una importantísima información para ustedes acerca del doctor Marlay.

En seguida contestó la voz del reportero:

—Dentro de una hora soy con usted. ¿Tiene la bondad de darme sus señas?

Débora respondió dando el nombre del hotel y el número de su habitación.

Después, recordando que la doncella le había dicho que John Marlay estaba en las habitaciones del doctor Smythe, escribió en una nota dirigida al esposo de Faith, en la que le invitaba a bajar dentro de media hora.

Su idea no podía ser más diabólica. Primero explicaría al doctor sus sospechas de que Faith le era infiel con Felipe Voaze, dándole detalles íntimos de aquellos antiguos amores, detalles que por su carácter Faith habría tenido reparo de confesar a su esposo, y cuando éste se fuera con su desventura para hacer partícipe de ella a Faith, cuando ya se hubiera sembrado en el hogar de John la discordia, llegaría el reportero y le entregaría las cartas. Su venganza, así, sería completa.

Oprimió el botón del timbre y compareció un ordenanza del hotel, al que entregó la nota para que se la subiera al doctor.

* * *

Al mismo tiempo que el muchacho abrió la puerta para cumplir el encargo, entró Felipe Voaze en la habitación, con la consiguiente sorpresa de Débora, la cual pasó de la exasperación a la felicidad, al ver al hombre al que amaba todavía y amaría siempre.

También en otros tiempos bastaba su aparición para que Débora olvidara las crueles infidelidades de su amante.



Un golpe de tos obligó al enfermo a dejarse caer en la chaise-longue...

Sin embargo, disimuló. Trató a Felipe ásperamente, acusándole de haberla engañado.

Un golpe de tos obligó al enfermo a dejarse caer en la *chaise-longue*, llevándose una mano al pecho.

Débora lo olvidó todo para acudir en su auxilio. Fué un movimiento irresistible de su corazón enamorado.

—Es curioso—comentó Felipe cuando la tos

le dejó en paz—. Una no quiere recordarme; la otra no quiere olvidarme.

—No puedo olvidarte, Felipe: dices bien... No podré nunca dejar de amarte... Cuando te veo, lo olvido todo... Hay una extraña felicidad en esta humillación.

Se la veía entregada, rendida a la voluntad de aquel hombre. Le miraba con apasionada fijeza.

El momento no podía ser más oportuno para Felipe.

—Oye, Débora—dijo de pronto—, ¿te casarías conmigo?

Débora le hizo repetir aquellas palabras, a las que no podía dar crédito por parecerle demasiado gloriosas.

—¿Qué he de hacer para merecer eso que me parece tan hermoso?—inquirió, después.

—Es muy sencillo. Devuélvele las cartas a Faith.

Trémula de placer, aturdida y sin pensar que aquello pudiera ser un ardid porque en aquel instante sólo tenía pensamiento para la felicidad que entreveía, se dirigió a su mesa de escritorio y extrajo de un cajón las comprometedoras cartas.

—Toma — dijo, entregándoselas a Felipe—: devuélvelas tú mismo, si te place.

Felipe las examinó y las releyó. No supo disimular su emoción al leer de nuevo aquellas dulces palabras de Faith, que respiraban abnegación e inocencia.

Al verle derramar una lágrima, acaso la única que había derramado en su vida, Débora cambió de actitud.

—¿Has venido aquí porque amas a Faith y le has prometido devolverle las cartas.

—Estas cartas vuelven a ser mías, como cuando me las quitaste. Ahora te será difícil volver a apoderarte de ellas.

Sonreía imperceptiblemente, satisfecho del buen resultado de su ardid.

Débora volvía a echar fuego por los ojos, como cuando Faith le dijera que Felipe había estado en su casa.

—Si crees que con eso ha desaparecido el peligro—manifestó, mordiendo las palabras—, te equivocas. Dentro de una hora vendrá un reportero de uno de los principales periódicos de Londres, y todo se sabrá.

Felipe disimuló su contrariedad. Quedó pensativo, en tanto Débora iba hacia su mesa de escritorio y encendía un pitillo nerviosamente. De pronto se vió pasar por los ojos de Voaze la sombra de una desesperada resolución.

Se puso en pie y se acercó a Débora. Su rostro había cambiado de expresión.

—Ahora sí que estoy convencido de que me amas. Tu amor es más fuerte que todo. Acaso no vacilaras en entregar la vida por mí... Débora, quiero que sepas que yo también he terminado por amarte. Ven a mis brazos. ¿Quién se resiste a un amor como el tuyo?

Esta vez había unido sus palabras a los he-

chos, rodeando con sus brazos el cuerpo de Débora, el cual palpité en seguida, dominado por su pasión avasalladora.

La condujo a la *chaise-longue* y allí le dió un largó beso. Tenía Débora los ojos cerrados, para gozar mejor de lo que le parecía la mayor gloria del mundo y a Voaze le fué fácil utilizar una mano para verter en una de las copas del abierto e inmediato licorero unas gotas del frasquito que aquella mañana había quitado a Faith de las manos.

—Bebamos por nuestra felicidad—dijo después, llenando dos copas y entregando una a Débora.

Se la bebió ella en seguida, y unos segundos después se desplomaba sin vida en la *chaise-longue*.

V

Quando John, después de llamar inútilmente, vió que la puerta estaba entornada, entró en la habitación. La luz estaba encendida y pudo advertir en el acto el cuerpo exánime de Débora y como caído en una postura violenta en la *chaise-longue*.

Se acercó, comprobó que estaba muerta, y se irguió convulsivamente, al ver el bolso de Faith en el suelo, al lado de la *chaise-longue*.

Se apoderó de él y comprobó que era, en efecto, el bolso de su mujer, por lo que contenía.

Inmediatamente se imaginó lo que había sucedido. Faith, para librarse del escándalo con que Débora la amenazaba, la había matado.

Su vista tropezó después con otro detalle acusador de la culpabilidad de su esposa. Sobre el licorero había un frasquito perteneciente a su laboratorio y comprobó que era el del veneno más activo, de aquel sobre cuyos peligros había advertido a Faith.

Se dió cuenta del peligro en que su esposa se hallaba y de lo que significaba para ella la existencia de aquel bolso y de aquel veneno, y sólo pensó en hacer desaparecer los terribles indicios.

Vertió el veneno en una maceta, quitó la etiqueta al frasquito y lo enjuagó. Después se guardó el bolso en el bolsillo, apagó la luz y salió de la habitación cuando estuvo seguro de no haber sido visto, para volver inmediatamente y llamar como si bajara en aquel momento de las habitaciones de su colega.

Llamó una y otra vez, haciendo sonar el timbre y golpeando la puerta, lo que dió lugar a que acudiera el ordenanza de aquel piso, que fué el que le subió la nota de Débora.

—He llamado varias veces y no contestan. ¿Acaso habrá salido la señorita Débora?

Al ver que la puerta estaba abierta, el ordenanza entró. Un grito anunció al doctor que ha-

bía descubierto el cuerpo exánime de Débora, y entró. La reconoció, y dijo:

—Está muerta. Se ha matado. Avise usted a la policía.

* * *

Cuando llegó la policía, el doctor contó todo lo que había sucedido desde que llamara por segunda vez a la puerta de la habitación, llamando la atención del ordenanza.

—¿A qué venía usted aquí?—preguntó el inspector.

—Estaba arriba, con mi colega el doctor Smythe, cuando la señorita Débora me envió una nota de llamada. Creo que este mismo muchacho me la ha subido.

—Sí, señor; yo mismo se la he subido—dijo el muchacho.

El inspector examinó el papel que John le ofrecía y se lo devolvió.

—¿Cómo sabía la señorita Débora que estaba usted arriba?

—No lo sé. Acaso me haya visto subir.

Acto seguido, dió al inspector una tarjeta, al mismo tiempo que decía:

—Aquí está mi nombre y mi domicilio. Por otra parte, acaso no sea desconocido para ustedes. Si desean algo de mí, pueden mandarme llamar, pues he de retirarme.

* * *

El inspector fué haciendo descubrimientos. Primero encontró la etiqueta del frasco en un rincón y después percibió el olor del veneno en la maceta, lo que demostraba que alguien lo había arrojado allí, después de haberlo ingerido la señorita Débora, cosa que no pudo hacer ella misma, porque el veneno mataba en poco más de un segundo. Después llegó el reportero que Débora había citado, el cual, a preguntas de la policía, manifestó que había ido allí porque le habían prometido una información sensacional acerca del doctor Marlay.

Después de buscar en vano el tapón de la botella, el inspector resolvió trasladarse al domicilio del doctor, donde estaba seguro de aclarar el misterio de aquel aparente suicidio.

Entretanto, el doctor contaba a Faith todo lo ocurrido y la tranquilizaba, asegurándole que había tomado las precauciones necesarias para que el crimen quedara en el misterio.

De pronto un criado anunció a Felipe Voaze, y como manifestara tener algo muy importante que decir a Faith, ésta le recibió, con la aprobación de su marido, al cual rogó que permaneciera presente durante la entrevista, ya que estaba firmemente resuelta a no volver a tener un secreto para él.

—Pues un secreto, esposo mío, te ha llevado a creerme capaz de cometer un crimen.

—¿Qué dices, Faith? ¿No has sido tú?

Pero Voaze estaba ya ante ellos. Estaba ante ellos con un puñado de cartas, que entregó a Faith.

—Toma tus cartas, Faith. Me ha pasado lo que a tu marido: me molestaba toda intromisión en un asunto que tan directamente me atañía.

También esta escena fué interrumpida por la aparición del inspector y de los agentes.

—Señor Marlay, venimos a decirle que está usted equivocado: no se trata de un suicidio, sino de un asesinato, y acaso en este frasquito esté la clave del misterio. ¿Me permite usted entrar en su laboratorio? Quizá allí encontraremos el tapón, el cual ha desaparecido.

Le fué difícil a John conservar la serenidad. Sin duda estaba el tapón en uno de sus bolsillos, donde se lo habría guardado distraídamente.

No sabía qué contestar y buscaba en vano el modo de salir al paso de aquella prueba, cuando se oyó la voz de Voaze.

—No se moleste más, inspector. El tapón está aquí.

Sacó el tapón del bolsillo y se lo entregó al policía.

—¿Y cómo es que tiene usted este tapón?

—Es muy sencillo. Porque soy yo el que ha envenenado a la señorita Débora.

En seguida le sujetaron dos agentes, cada uno por un brazo, y le condujeron hacia la puerta.

Pero Voaze no pasó del umbral. Le sobrevino uno de sus frecuentes golpes de tos y se produjo el estallido interno. Murió en el acto, como una hora antes había muerto Débora al ingerir el veneno.

Momentos después, anonadados aún por los trágicos sucesos recientes, John decía a su esposa:

—Perdóname por haberte ofendido con mi loca suposición.

—Y tú, John, perdóname a mí por no habértelo contado todo desde un principio.

Se abrazaron.

—¡Pobre Voaze!—dijo después Marlay.

—¡Pobre Voaze!—repitió ella.

FIN

Ha sido revisado por la Censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

MAÑANA:

Orquídeas salvajes

por Greta Garbo y Nils Asther

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

El jueves saldrá el octavo cuaderno
de la novela en 20 cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Precio: 25 céntimos

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

¡Novedad!

La Novela para Todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

Otro gran éxito

La Novela Sentimental Precio: 30 cts.

Tip: Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona